

SEGUNDA CARTA AL S. D. ZOROBABEL RODRÍGUEZ

SOBRE

LA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

ORDEN Y PROGRESO

VIVIR PARA LOS DEMÁS: LA FAMILIA, LA PATRIA, LA HUMANIDAD

SEGUNDA CARTA

AL SEÑOR DON ZOROBABEL RODRÍGUEZ

SOBRE LA

RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

POR

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE



SANTIAGO DE CHILE

IMPRESA CERVANTES

CALLE DE LA BANDERA, NÚM. 73

1889

AÑO 101º DE LA GRAN CRISIS

SEGUNDA CARTA

AL

SEÑOR DON ZOROBABEL RODRÍGUEZ



MI ESTIMADO SEÑOR:

Me permito dirigirle esta nueva carta, pero sin intenciones de polémica. Á tenerlas, desviárame yo del verdadero espíritu de la Religión de la Humanidad, que viene á edificar el porvenir acatando el pasado, y llama por convergencia á todos los buenos de las otras creencias que aun subsisten, á cooperar de lleno en la suprema labor altruísta. Y, además, emplear nuestras fuerzas en polémicas, sería desperdiciarlas únicamente, porque á nadie se le convierte rebatiéndolo, sino persuadiéndolo. De modo irresistible ha de prevalecer la Religión de la Humanidad por la sola influencia de la predicación directa: tan sublime, tan completa y tan necesaria es esta doctrina. Bajo ella debieran trabajar enérgicamente todos los verdaderos obreros espirituales. En mi sentir, entre esos se halla usted, señor Rodríguez, por ser un sincero bus-

ador del bien, interesarse generosamente en los destinos de nuestra especie y haberse consagrado, su vida entera, á sembrar ideas. Si no acepta usted hoy la fe altruista, y la combate aún, es porque en conciencia no le satisface, pareciéndome con todo que, á estudiarla más á fondo, habría de quedar convertido para siempre. Mientras tanto, en medio de su actual crítica, testifica usted noblemente en favor de la innegable superioridad del positivismo religioso sobre el positivismo filosófico. Esta declaración suya, hecha desde campo adverso, importa terminante condena de los que, apellidándose sólo discípulos intelectuales de Augusto Comte, se niegan á reconocer las conclusiones morales de su gran doctrina. Usted mismo, con certera penetración, ha calificado á los tales de materialistas, que no otra cosa son en realidad, por más que traten de honrarse indebidamente con el título de positivistas. Incapaces de sondear el sublime genio de Augusto Comte, falsean su doctrina y llegan á veces hasta denigrar su veneranda memoria. Empéñanse en contraponer el positivismo filosófico, sin comprenderlo siquiera, al positivismo religioso, cuando aquél no era sino la indispensable preparación de éste y lo tenía en germen. Pero lo cierto es que no han nacido para positivistas, que son indignos de concurrir á la definitiva regeneración social del mundo y que no hacen más que explotar los escritos del Maestro para prestigiarse de pensadores y aniquilar, si les fuere dable, la verdadera doctrina de Augusto Comte, por serles enojosa á causa de sus graves é ineludibles prescripciones morales. Intento no menos vano que culpable. Aunque ellos sean los peores enemigos de la fe positiva, por lo mismo que se les cree partidarios, cuando mucho podrán retardar el

triunfo de la doctrina normal, pero nunca frustrarlo. Mal que les pese y por más que consigan descaminar algunas almas y paralizar otras, la Religión de la Humanidad seguirá su curso invencible, y reinará santamente en todo el planeta para felicidad y gloria eternas de nuestra especie. Tal vez de esos réprobos que pretenden suplantar ahora el verdadero positivismo con uno falso, logren salvarse aquellos que conserven, allá en el fondo del alma, un débil resto que sea de veneración. Mas, los que estén totalmente privados de ese noble afecto, son incurables y persistirán hasta el fin en sus insanos propósitos contra la Humanidad.

No estaba usted, señor Rodríguez, en el verdadero punto de vista sociológico al decir que, si en lo antiguo se les pedía milagros á las doctrinas para ser aceptadas, hoy se les pide pruebas. Bien considerado, incorporarse sinceramente en una nueva creencia, no ha sido jamás obra de milagro, sino que fué, como lo será siempre, un hecho propio de la naturaleza humana en busca de más nobles destinos. En todos los tiempos las verdaderas conversiones se engendran por una intensa crisis del alma en que el corazón tiene mayor parte que el espíritu, sin que el pretendido concurso de lo sobrenatural, fidedignamente supuesto durante la mentalidad teológica, cambie en el fondo la verdad de las cosas. Fácil es percibir á través del velo misterioso que la envolviera, que así se verificó la del egregio San Pablo. Y este grande hombre llenó en seguida su alta misión sin más milagro que el de su ferviente, persuasiva é incansable predicación. En los Actos de los Apóstoles se ve que San Pablo centraliza, gracias á su maravilloso heroísmo, todo el movimiento religioso de su tiempo. Al lado de ese

jefe efectivo, San Pedro no es más que un director nominal. Respecto del Cristo, San Pablo ni siquiera lo conoció, aunque hubo de aceptarlo como el tipo soberano de la nueva creencia, en virtud del simbolismo tradicional instituido por Moisés, que se había educado en la venerable teocracia egipcia. Pero poseemos un documento del propio apóstol, que revela todavía más claramente el secreto de la eficacia de su sagrado magisterio. En efecto, cuando se leen las epístolas de San Pablo, en las cuales vaciara su alma excelsa y de donde ha brotado todo el catolicismo, ya no cabe dudar sobre la verdadera causa de la extraordinaria influencia que ha ejercido. Á impulso del más vivo anhelo de la santificación de los hombres procedía sólo ese incomparable obrero espiritual, y tan sublime era su celo, que se olvidaba de sí mismo hasta el punto de desear perderse con tal de salvar á los demás. No sabía complacerse con lo que pudiera haber realizado, sino que se conducía cada vez como si entonces no más empezara su labor. De ese modo, nunca se paralizaba con las satisfacciones de la vanidad, continuando siempre su ruta con la vista fija en lo que restaba por hacer, y vigorizando sus fuerzas morales con su mismo perseverante ejercicio. Así se explica lo que llevó á cabo y por qué ha sido tan gran modelo de apóstoles.

Ningún género de menoscabo importa á la gloria de San Pablo esta manera de apreciarlo, eliminando por completo el sobrenaturalismo. Al contrario, ello lo enaltece más aún y lo rehabilita, sobre todo, del injusto apocamiento ocasionado á sus méritos, por la necesaria caída del teologismo, incompatible ya con la mentalidad del presente. Transportándose á la época en que vivió

San Pablo, aparece él incontestablemente como uno de los más grandes servidores de la Humanidad y el mayor que tuvo entonces. Pero si para juzgar del valor efectivo de los hombres hay que hacerse contemporáneos de ellos y apreciar, bajo ese punto de vista, sus miras, propósitos y actos, cumple también hacerlos contemporáneos nuestros, para derivar de su índole propia el modo de ser que tuvieran en la actualidad, y no seguirlos erróneamente contra su verdadero espíritu. Realizando esto con San Pablo, es indudable que si por razón de interés social cambió de fe en su tiempo, por igual motivo cambiaría en el nuestro. En la alteza de su mente no podría ocultársele que sólo al Positivismo le es dado conducir á nuestra especie á la plenitud de sus destinos y hacer triunfar la santidad en la tierra. Y como era de tal temple que su unción y su energía se acrecentaban, en vez de disminuir, con los obstáculos y contratiempos, sería él hoy ciertamente un gran motor de almas hacia la doctrina altruísta. Los católicos de corazón generoso iríanse con él en santo gozo, tanto más cuanto que al despedirse de las ideas antiguas, por inadecuadas ya, lejos de menospreciarlas, quedarían agradeciéndoles respetuosamente los servicios que prestaron. Tal manera de transformarse al Positivismo que es la prescrita por esta misma doctrina, cualquiera que fuere la fe de donde se parta, fetichista, politeísta ó monoteísta, al paso que facilita las conversiones normales, resguarda, mientras se operen, de sentimientos irreverenciosos, y hace, una vez efectuadas, que los verdaderos creyentes altruístas sean los hombres más religiosos.

El teologismo está ya socialmente agotado. Ni la vida pública, ni la vida privada pueden ahora cimentarse

en él sólidamente. Toda persona debiera, en vista de eso, dejar el teologismo por el Positivismo á que está vinculado el régimen normal del género humano. Ello es tanto más necesario cuanto que la insuficiencia de los antiguos principios directivos tiene hoy al mundo en completa anarquía. Y no cabe forjarse ilusión sobre que el teologismo pudiera reasumir las funciones que llenó en el pasado. Opónese á ello irrefragablemente la evolución intelectual que alcanzamos. Es preciso, pues, desistir con dignidad de extemporáneos planes teológicos, donde se gastarían esterilmente las fuerzas que deben consagrarse sólo á la regeneración por el Positivismo. Que todos los individuos son hijos de la Humanidad y tienen que ser sus servidores, es hoy de una evidencia tal que no necesita demostración. Y como esa verdad incontestable forma la esencia de la fe altruísta, síguese de ahí que la tardanza de las almas en adherir á dicha fe, es antes falta de buena voluntad que falta de comprensión. Mas, por sobre la Humanidad está Dios, suele decirse todavía á manera de objeción, desconociéndose que con eso no se consigue volver al concepto mono-teísta su antiguo oficio moral, que ya lo perdió para siempre, y se entraba, por otra parte, la indispensable función directiva del concepto positivista. En cuanto á la insistente observación de que ofrecen más consistencia los dioses del paganismo con su belleza marmórea, que nuestro verdadero Sér Supremo, me ha extrañado mucho ver paralogizarse así al que la hizo. Comparar con la Humanidad, no ya los dioses, sino las estatuas que los representan, y tenerlas por más reales que ella, está fuera de toda buena lógica. Aun contemplando el politeísmo bajo su propio aspecto, no cabe, en conciencia,

parangonarlo, ni favorable ni adversamente, con el Positivismo, dado que éste deriva de aquél por el intermedio del monoteísmo. Tales tres concepciones, la politeísta, la monoteísta y la positivista, han sido elaboradas por la misma Humanidad, conforme al estado mental y las necesidades sociales correspondientes. Con profunda penetración dijo Aristóteles que habíamos hecho á los dioses á nuestra imagen y semejanza. Lo mismo puede decirse de Dios que, bien mirado, no es más que una condensación purificada del concepto politeísta. Esto no envuelve irreverencia alguna para con el monoteísmo. Se hace así constar sólo la filiación de Dios respecto de los dioses en la evolución espiritual de nuestra especie. Ni correspondería á positivistas mostrarse irreverenciosos con el concepto monoteísta que ha presidido durante siglos á la dirección moral del mundo. Venerámoslo pues en tal carácter, si bien debemos reconocer su procedencia del concepto politeísta, respetable también á su vez, como nos incumbe asimismo, sustituirlo actualmente con el concepto supremo de la Humanidad, único capaz de armonizar para siempre á todos los pueblos bajo una sola fe.

Tiene usted razón, señor Rodríguez, cuando dice que lo que transforma al mundo son las ideas y nó los sentimientos. Y el primero que formuló eso, no es el autor á quien usted se lo atribuye, sino precisamente Augusto Comte. Mas, importa agregar con el mismo Maestro, que son las ideas referentes á los sentimientos las que determinan en el fondo las verdaderas transformaciones. ¿Por qué el libre pensamiento no ha podido reemplazar al catolicismo, con ser que ha descimentado todos sus dogmas? Porque no ha sabido apoderarse del dominio del senti-

miento, en donde continuara esa fe teológica, á pesar de su insuficiencia dogmática. Otro es lo que acontece con el Positivismo, que elimina al libre pensamiento por escéptico y sucede normalmente al catolicismo, instalándose en el dominio moral y dándole una alteza que no pudo tener en manos de aquél por su espíritu individualista y extraterrestre. Según la fe demostrable, la santificación social en la Humanidad es el fin supremo de nuestra existencia personal. Los móviles egoístas quedan excluidos de la moral positiva. Directamente ha de buscarse la virtud por puro altruismo, sin esperanza de premio ni temor de castigo. Nadie debiera rehuir esa obligación para con la Humanidad, de donde todo nos viene, y á donde todo ha de tender. Acostúmbrase decir al presente de tales ó cuales personas, creyendo elogiarlas altamente, que son hechura de sí mismas. Ello implica un completo desconocimiento de la inevitable filiación social de todos los individuos. Sondéense los antecedentes domésticos y públicos de los que se mira como más originales y se verá que, dados los padres que han tenido, especialmente la madre, y los estudios que han hecho, son los más influidos por la Humanidad. Todo hombre es, en verdad, una creación sociológica, sin que moralmente deje por eso de valer más ó menos, según los obstáculos que hubiere tenido que vencer en el cumplimiento de su destino. Augusto Comte, la naturaleza más eminente que haya existido, lo fué por ser la mejor formada por la Humanidad, y porque realizó su misión con un altruismo y una energía incomparables. Él mismo ha reconocido que todo le venía de ese verdadero Gran Sér, cuya gloriosa existencia dejó evidenciada é instituido también el culto sacrosanto que nos corresponde tributarle.

Aunque sociológicamente ya no es dable negar á la Humanidad, empéñanse, sin embargo, algunos en objetar el culto que le es debido. Se concibe, dicen, adorar á Dios cuando se cree en él, porque es un sér individual; pero adorar á la Humanidad que es un sér colectivo, eso no se comprende. Razonando así, desconocen la verdadera naturaleza de la adoración. Esta ha brotado de las facultades altruístas de nuestro propio sér, como una manifestación de gratitud y amor hacia lo que se creía la Providencia. Se adoró á los fetiches, á los dioses y á Dios, según que la mentalidad les atribuía respectivamente los beneficios recibidos por el hombre. Como ahora sepamos que derivan de la Humanidad, á ella debemos agradecerse los. Pero al adorar á la Humanidad veneramos también al fetichismo, al politeísmo y al monoteísmo, indispensables preparaciones para llegar á tener conciencia de nuestro verdadero Sér Supremo, y elevarnos al régimen normal. De poco sincero se ha tratado de calificar al rezo positivista. Esto no es justo. Desde que la sinceridad del alma estriba en el acuerdo de nuestros sentimientos con nuestras ideas, mal podría no existir en los que adoramos á la Humanidad, porque vemos en ella nuestra verdadera Providencia. Lo que sí cabe que acontezca, y eso se ha verificado en todos los cultos, es que se rece á veces sólo de palabra, cuando nos hallamos en sequedad moral. Aun entonces con el mismo santo ejercicio, comenzado que sea fríamente, se puede conseguir enfervorizarse. Y, merced al Positivismo, la oración ha sido elevada á su plena pureza, señalándosele por finalidad exclusiva nuestro perfeccionamiento moral. Todos necesitamos de ella, para dar á nuestros sentimientos, pensamientos y acciones, habitual y hondo carácter al-

truísta. Con el rezo positivista, que es la unión de nuestra alma con la Humanidad, se refrena el instinto nutritivo, se doblega el sexual, cálmense las cóleras, humíllase el orgullo, aquíétase la vanidad y se adquiere, sobre todo, ese estado de religiosa unción que tanto dignifica nuestra naturaleza. Cuando habiéndose dejado el culto de Dios, sin que después se haya aceptado aún el culto de la Humanidad, no hay lugar para la oración, como lleguen á desencadenarse las malas pasiones en nuestro sér, es imposible defenderse y somos precipitados en los abismos del vicio. Sucede entonces que algunos se hallan desolados en tan funesta situación, por lo que son ellos capaces de regenerarse; pero otros yacen allí muy tranquilos, del todo inconscientes de su depravada conducta. Á estos últimos cabe mirarlos como irreformables, siendo casi imposible que logren convertirse al Positivismo y someterse á la salvadora práctica de la oración altruísta. Este bendito ejercicio cerebral, hecho con la discreción debida, no sólo sirve para mantener la salud moral, para entonarla cuando flaqueare, para recobrarla si se la hubiere perdido, sino que es también el único medio de producir en el alma la voluntad perpetua de consagrar todas nuestras fuerzas á la mayor gloria de la Humanidad.

Además de la oración, compónese el culto altruísta de los sacramentos sociales y de las solemnes fiestas en los templos. En cuanto á los sacramentos, ellos son las consagraciones religiosas de las funciones sucesivas de nuestra existencia. Por lo que hace á las fiestas en los templos, ellas constituyen una idealización sistemática de la sociabilidad normal, á fin de alentarnos insesantemente á realizarla. Sacramentos y fiestas serán presididos por

el sacerdocio positivista, á quien le incumbe asimismo dar la enseñanza universal. Esta cuestión hoy tan debatida, se encuentra resuelta, en forma definitiva, por la Religión de la Humanidad. La escuela ha de estar anexa al templo. El sacerdocio que aconseja y consagra en nombre de la Humanidad, debe también enseñar en nombre de ese mismo Sér Supremo, tanto más cuanto que esta última función es la verdadera base de las otras, que sin eso no tendrían consistencia. Hasta que no se organice tal magisterio altruista, no saldremos de la presente anarquía. Todas las tentativas en otro sentido, por bien intencionadas que fueren, son inútiles ó perjudiciales. Yérrase gravemente al fomentar universidades y academias, instituciones ambas que corresponden á la fase metafísica de la evolución social, y no tienen ya razón de ser. Lo que importa sí, es desarrollar la instrucción primaria que hará una labor indispensable mientras las madres no se hallen en aptitud de preparar á sus hijos para recibir la enseñanza enciclopédica del sacerdocio normal. Respecto de las escuelas profesionales, puede suprimírselas todas sin inconveniencia, y, por lo menos, es un deber social el desmonopolizarlas. Bien mirado, nadie se forma en ellas sino en la práctica. En el ejercicio de sus respectivas profesiones, hace el médico al médico, el ingeniero al ingeniero, el abogado al abogado. Tocante á las personas que anhelan ser dignos maestros en la verdadera sabiduría, han de esforzarse en llegar, bajo la Religión de la Humanidad, al sacerdocio altruista, para lo que necesitan estudiar á fondo la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología, la sociología y la moral, que constituyen la totalidad del dominio teórico. Pero si no se logra alcanzar esa completa iniciación dogmática,

puede, sin embargo, trabajarse en el apostolado, al que tienen libre acceso todas las almas que estén penetradas del espíritu del Positivismo, y donde las naturalezas generosas y enérgicas sabrán servir en alto grado á nuestra especie.

La doctrina altruísta resuelve normalmente el problema material que trae ahora tan preocupados los ánimos. Según ella, la riqueza, siendo social en su origen, debe serlo también en su destinación. Mas, como los grandes capitales fueren indispensables para el desarrollo de la industria, síguese de ahí la necesidad sociológica de la existencia del patriciado. Éste viene á constituir la gerencia de la fortuna universal en bien de todos. Respecto del proletariado, él ha de formar siempre la inmensa mayoría de la población humana. Lejos de estimular las deserciones de su seno, como acostumbra la metafísica revolucionaria, debe, por el contrario, promoverse las afiliaciones, para que ese elemento fundamental del orden humano tenga su pleno desarrollo. La burguesía si que ha de disolverse, porque es un verdadero obstáculo á la organización sociocrática de la industria. De lo que debe ahora cuidarse muy en particular, es de dignificar al proletariado, de reconocer la importancia de su destino, puesto que todas sus funciones, aun las más modestas, concurren efectivamente al bienestar social. Llenando cualquiera de ellas, se puede ser un benemérito servidor de la Humanidad. Al patriciado le incumbe asignar al proletariado un salario que baste al sustento de la familia. En todos los hogares debe estar la mujer de providencia moral, completamente exenta de la vida del taller. Si el proletariado quiere ocupar su correspondiente puesto social y cumplir enteramente su misión,

es preciso que renuncie á toda tendencia anárquica y se incorpore de lleno en el Positivismo. Disciplinado y fortalecido bajo esta fe suprema, constituiría una noble é irresistible opinión pública en todo el planeta. Entonces los patricios se conducirían como verdaderos agentes de la Humanidad en la administración de la riqueza universal, y los sacerdotes como sus verdaderos intérpretes en el desempeño de la enseñanza enciclopédica y la celebración del culto sociolátrico.

Aunque las doctrinas han de juzgarse más por su valor moral que por su valor estético, sin embargo equívocase usted, señor Rodríguez, al tachar de antipoética á la Religión de la Humanidad. Nada hay, por el contrario, que favorezca tanto á la verdadera poesía como la fe altruísta. Ésta, fomentando los sentimientos generosos y el desarrollo de la vida subjetiva que nos pone en contacto moral, doméstica, cívica y universalmente, con los muertos y con los que han de nacer, nos habilita en sumo grado para la mejor cultura estética. Nuestro corazón se santifica y enaltece con el recuerdo agradecido de la Prioridad y la visión esperanzada de la Posteridad. ¡Cuán inmenso y fecundo campo no ofrece á la verdadera poesía la contemplación de la perpetua y creciente convergencia de las fuerzas humanas hacia la armonía universal que se diseña gloriosa en el porvenir! Pero la doctrina altruísta dilata más aún el dominio estético, pues hace poetizable, por una parte, el conjunto de las leyes abstractas que forman el destino ineludible, y, por otra parte, el planeta que habitamos con el sol que lo alumbra y vivifica, la luna que lo secunda y los demás astros visibles de nuestro sistema. Todo eso lo fetichiza positivamente la Religión de la Humanidad, suponiendo-

lo animado de simpatía hacia nosotros. La poesía panteísta, hoy tan cultivada, atestigua una tendencia espontánea en tal sentido. Volviérase ella poesía positivista con sólo ser regularizada y ennoblecida por el concepto supremo de la Humanidad. Cada individuo se halla relacionado con el orden universal, no directa sino indirectamente, de modo relativo y no absoluto. Es la Humanidad quien nos ha enseñado á amarlo, conocerlo y utilizarlo. Ella debe ser, pues, el sublime centro de la poesía, de la filosofía, de la política y, en una palabra, de la Religión que todo lo abarca. Para elevarnos hasta la Humanidad, hay que consagrarle el conjunto de nuestros pensamientos y acciones, y que erigirle, sobre todo, devotísimo altar en lo íntimo del alma. Transformando en sociológica una idea teológica, decimos ahora: el reino de la Humanidad dentro de nosotros está. Los que se hallen bajo su influjo, si hacen poesía será de la santificante. De donde impere la Humanidad, nunca saldrá lo que corrompa y degrade, sino lo que purifique y levante.

No ha sido usted equitativo, señor Rodríguez, con las poesías de nuestro conciudadano don Guillermo Puelma Tupper, referentes al Positivismo. Hubiera yo deseado, es cierto, que no les hiciesen compañía, en el mismo libro, otras que son del todo ajenas á la doctrina altruísta, y que esas mismas que con ella se relacionan estuviesen más penetradas de su verdadero espíritu. Sin embargo, no cabe desconocer que con estas últimas, el señor Puelma Tupper ha efectuado una noble tentativa estética. Y entre sus poesías hay algunas henchidas de unción, especialmente la consagrada á su dignísima señora madre, cuya inagotable bondad glorifica de todo corazón. Ras-

gos delicados y altos pensamientos se encuentran en muchas. Creemos, por tanto, que las poesías del señor Puelma Tupper, revisadas, expurgadas y completadas por su propio autor, formarían un libro tan bello como benéfico. Tales cuales son actualmente, revelan que el que las ha escrito lleva en su sér poderosos gérmenes altruístas y posee tal vehemencia de carácter, que le es dado convertirse, si rehuye todo descaminamiento, en un heroico apóstol de la Humanidad. Hacemos, pues, votos de que persevere en la nueva senda, y se identifique de lleno con la fe altruísta, bajo la segura y veneranda dirección de Augusto Comte.

Podemos ahora clasificar á las almas en aptas ó ineptas para la suprema labor religiosa del Positivismo. Excusado me parece manifestarle, señor Rodríguez, en cuál de esas categorías se halla usted en mi opinión. Su actual conducta adversa á la Religión de la Humanidad, es, sin duda, pasajero error de su mente, porque aun no ha sondeado lo bastante la doctrina definitiva. Á conocerla usted á fondo, no podría menos de tomar una actitud cooperante, única en armonía con su noble natural, más tendente á edificar que á demoler. No ha nacido usted para rémora sino para motor del progreso humano. Ni es usted tampoco de los que se encastillan en sus viejas ideas, rehusando, por el absurdo temor de pasar por renegados, venir á las nuevas, aunque sean, á toda luz, las realmente propias á la felicidad de nuestra especie. Tan falsa y antisocial firmeza de convicciones está lejos de su generoso pecho. Por sincero amor al bien social muévase usted en su incesante labor. Varias veces ha señalado usted mismo, como uno de los grandes defectos de nuestro tiempo, el enervamiento general de las

almas que les lleva á sentir, pensar y obrar sin nobleza, sin profundidad, sin energíá. De seguro que si logra usted convertirse á la Religión de la Humanidad, la defenderá con tanto denuedo como perseverancia. Nunca ha trepidado usted en sostener sus convicciones, y menos por consiguiete cuando fueren las positivistas. Eso si que ya no emplearía usted las armas de la ironía de que ahora suele servirse. Bajo la Religión de la Humanidad sería impropio echar mano de esos medios, porque así no cabe mejorar los corazones. Más aun, la ironía lleva consigo algo de esencialmente irreligioso. No es dable que ella brote de la parte altruísta de la naturaleza humana. Profundice quien quiera en su propia alma y se persuadirá de que, en los momentos en que recurre á la ironía, no le mueve ningún anhelo de servir á nuestra especie. Cuando mucho, lo que impulsa entonces, si bien se mira, es cierto prurito de hacer reír á costa de lo que se intenta desautorizar. Y aunque se usara de la ironía contra el error y el vicio, sería infecunda, porque nadie se convierte de ese modo á la verdad y la virtud, que sólo triunfan en serio. Es preciso deshacerse para siempre de ese elemento revolucionario que no sirve más que para descomponer las almas, sofocar la unción é inhabilitar para los altos intereses religiosos del género humano. La atmósfera social está ahora muy viciada por la burlería. Nada se sabe tomar á lo serio y se hace risa de las cosas más graves, de los más nobles propósitos, de los ideales más sublimes. Hombres hay que arrostran el odio, pero que huyen ante la ironía. Los positivistas no deben temerla ni usarla nunca.

No existe verdadero progreso si no se marcha hacia la santidad. En el régimen normal ya no habrá teatros y

los templos serán las únicas mansiones de las dignas fiestas públicas. Por leyes ineludibles de la evolución social tiene que suceder eso. Cualesquiera que fueran los perfeccionamientos de los teatros, nunca se curarían éstos por completo del vicio de su origen. De la parte egoísta de la naturaleza humana brotaron ellos, habiendo sido verdaderas embriagueces las primeras representaciones escénicas. Á pesar de todas las modificaciones verificadas después en los teatros, y aun en sus mejores momentos, nadie ha ido allí á perfeccionarse sino á divertirse, y siempre sucederá lo mismo. Otra cosa son los templos. Su origen es bendito. Á la inversa de los teatros, ellos fueron engendrados por el altruísmo. Levantáronse sobre las tumbas, á impulso del venerando culto á los muertos. Por eso los templos han sido los centros del más alto perfeccionamiento moral. Aun en los períodos de escepticismo, en que pierden su esplendor, quedan ellos, sin embargo, cual símbolos de la virtud. Caracterizando al hombre bueno en una de esas crisis espirituales, decía de él un gran poeta incrédulo, «su memoria es un templo,» como que no halló expresión más solemne. Lógicamente, el escepticismo ha concluído ya para siempre con la fundación de la Religión de la Humanidad, cuyos dogmas son incontrovertibles. Falta sólo que los creyentes normales sean más numerosos, para que puedan palparse los beneficios sociales de la doctrina altruísta. Ella camina todavía lentamente por razón de su misma excelsitud religiosa, y á causa, también, del profundo decaimiento actual de los caracteres, que dificulta mucho su regeneración. Abundan las almas sumidas en tal inercia moral, tan negadas á interesarse por los destinos del género humano, que es casi imposible despertarlas de

su marasmo egoísta. Pero el concurso creciente de las naturalezas enérgicas en el bien, sacará triunfante al Positivismo de todos los obstáculos, para eterna honra de nuestra especie. Entonces el culto sociolátrico reanimará los templos hoy tan abatidos, y les dará su más radiante esplendor. Solícitos acudirán allí los hombres á contemplar en profundo recogimiento el conjunto de las generaciones pasadas y futuras, estrechamente ligadas en la misma labor, y se anegarán religiosamente en ese océano moral que se extiende sin límites á través de los tiempos. De tan sublime comunión con la Humanidad, siempre saldrán altruistamente fortalecidos para proseguir, con santo celo, su misión social.

Los ciudadanos de todas las naciones deben colocarse en el punto de vista universal de los destinos del género humano. No cabe ya constituir dignamente á ningún pueblo con sólo el civismo. Éste ha de ser completado por la religiosidad normal. Subordinar la patria á la Humanidad, es ahora deber ineludible para todos los hombres. Manifiestamente impíos serían los que intentasen engrandecer su propio país, dañando á los demás. Bajo la patria está el hogar y sobre ella la Humanidad. Si digna familia es la que concurre con sus virtudes á la prosperidad nacional, digno país es aquel cuya total labor constituye un elemento de armonía y de progreso para el mundo entero. La religión, vuelta de teológica en sociológica, no consiente dudas al respecto. En convergencia suprema á servir y glorificar á la Humanidad debe organizarse el orden social, sea público ó privado. Ni el egoísmo personal, ni el doméstico, ni el cívico son tolerables ante la fe definitiva. Todos tres han de purificarse con el altruísmo, de modo que nos socialicemos

sucesivamente en la familia, la patria y la Humanidad. Esta última forma nuestro más santo lazo. Ya no es dable desconocerlo. Y si lo fuera, sería preciso retrogradar al teologismo. Pero tal hipótesis no tiene cabida, pues si se vuelve de los descaminamientos, el verdadero progreso no se desanda. Siendo hoy incontestable que nuestra naturaleza es susceptible de practicar el bien desinteresadamente, hay que basar la moral en el sólo amor á la Humanidad, sin consideración alguna egoísta y sobrenatural. Merced á la misma evolución social, es llegado el tiempo de que contraigamos hábitos directamente altruístas. Nuestra moralidad no puede considerarse sólidamente cimentada cuando dejamos de hacer el mal por miedo, sino cuando por benevolencia. Como nos abstuviéremos de algo indebido por no correr el riesgo de perjudicarnos á nosotros mismos, ese proceder no sería realmente virtuoso. Fuéralo, sí, en caso de abstenernos por motivos sociales, por no perjudicar la familia, la patria, la Humanidad. Lo mismo que los deberes de inacción, los de acción han de cumplirse también altruístamente, sin mira alguna de recompensa, por pura beneficencia.

Bajo muy felices auspicios fué fundado nuestro Chile, á pesar de la fatal injusticia de la conquista. El ilustre poeta Ercilla tuvo para la araucanos elocuentes palabras de admiración y simpatía. Las dos razas se hermanaron en su magnánimo corazón. Este noble elemento de fraternidad humana que resplandece en los orígenes españoles de Chile, augura glorioso porvenir altruísta á nuestra patria. Después de verificada su independencia nacional, atraviesa, relativamente pronto, una fase de agitaciones políticas, y hace años ya que se encuentra en

sereno y constante progreso. Un solo grave atraso ha sufrido nuestra patria en su verdadera evolución, ocasionado por una guerra internacional, aunque en ella saliera victoriosa. Las ineludibles consecuencias perturbadoras en el presente de todo suceso de tal género, han sido reagravadas por la circunstancia de la censurable anexión de territorio extranjero, á que se dejó arrastrar Chile en la exaltación del triunfo. Para sustraerse á los maleficios sociológicamente inevitables de ese mal paso, necesita de largo tiempo. Es ello como algo virulento inoculado en nuestro organismo social, que sólo podrá ser eliminado en fuerza de la más celosa higiene cívica. Pero hay que acudir, sobre todo, á la Religión de la Humanidad. Sólo bajo ella se purificará completamente nuestra patria y alcanzará sus más altos destinos. Su organización en sociocracia debe efectuarse sin la menor violencia, en espíritu de ordenada transición, pero con firmeza inquebrantable. No adquirirá por cierto nuestro Chile con la fe altruista la falsa gloria de un antisocial predominio sobre otras naciones, sino la verdadera gloria de un digno perfeccionamiento que sirva de generosa emulación en el concurso universal de las naciones. Esa es la grandeza sin mezcla impura que anhelo para mi patria. Que todos mis conciudadanos aprendan á ser chilenos en la Humanidad: que nuestras madres, hermanas, esposas é hijas, sean profundamente virtuosas, tipos de santidad, manantial perenne de moralización; que nuestro patriciado y nuestro proletariado trabajen acordes con noble energía social; y que nuestro sacerdocio enseñe, aconseje y consagre, penetrado de la sabiduría altruista. Entonces gozará nuestra patria de una felicidad creciente y comunicante á las demás naciones.

Al buen servicio de la santa causa importa que sus adeptos estén animados de tolerancia altruísta. Tan digna tolerancia es cosa muy distinta de la postración moral que implica el indiferentismo. Hay que ser indulgente con las almas que se hallen alejadas aún de la Religión de la Humanidad, pero sin dejar por eso de insistir con entereza en que profundicen esta doctrina suprema y se guarden de mirarla de ligero, porque á ella están vinculados los destinos de nuestra especie. Nadie puede considerarse eximido de interesarse por esos destinos, y lo que mejor los llene ha de ser la regla ineludible de las convicciones de quienquiera que fuere. Las creencias no son para los individuos en cuanto tales, sino en su calidad de miembros del linaje humano. Es menester aceptar no la doctrina más halagüeña personalmente, sino la que más sirva á la felicidad progresiva de nuestra especie en la serie indefinida de los tiempos. Tal debe ser la verdadera causa de la profesión de fe de toda persona. Ahora bien, como se examine concienzudamente el Positivismo, no puede menos de llegarse á la persuasión de que Augusto Comte ha resuelto la totalidad del problema humano en su triple aspecto, moral, intelectual y material. Y para ese importante examen se necesita más de corazón que de mente. Los de buena voluntad y buen sentido lo verificarán mejor que los talentos sin unción. Augusto Comte dió cima á su gloriosa empresa porque su genio era tan lúcido como serviente y, sobre todo, porque experimentó intensamente la feliz inspiración de la divina Clotilde de Vaux. Nada cabría esperar de los que no hubieren recibido ningún santo impulso de la mujer, en una sola siquiera de sus tres condiciones esenciales, de madre, de esposa ó de hija.

Salvo maravillosa excepción, fatalmente inhábiles serían esos para elevarse á la Religión de la Humanidad. Esta fe positiva ha sido engendrada por el altruísmo y sólo en disposiciones altruistas puede comprendérsela.

En medio de la profunda crisis que pesa todavía sobre la sociedad, suelen ciertas almas enérgicas amargarse con los desengaños recibidos y abominar de la vida en nuestro planeta. De ahí que contemplen la muerte sobrenaturalmente, en vez de contemplarla positivamente. Cuando fallece alguien que les es afecto, lo despiden para siempre hacia las supuestas regiones del más allá, siendo que, si ha cumplido dignamente con su misión, hay que guardarlo y glorificarlo en la Humanidad. Los nobles muertos deben immortalizarse en los vivos, á fin de que la labor social se perfeccione y enaltezca incesantemente. Esa altruista inmortalidad ha de obtenerla todo el que haya vivido santamente, por modesta que hubiere sido su esfera de acción. Como no hay individuo que deje de ser por su conducta, en mayor ó menor grado, un foco de infección ó un foco de purificación moral, es preciso acostumbrarnos á recordar á los buenos y á olvidar á los malos para acrecentar el influjo de aquéllos y disminuir el de éstos. Debemos mirarnos también cual contemporáneos del sinnúmero de generaciones que han de sucedernos, interesarnos por su destino, y hacer, si fuere dable, de nuestra pasajera existencia individual, un perpetuo elemento de felicidad para ellas. Lejos de perder teológicamente las aspiraciones á la eternidad que bullen en el hombre, hay que aprovecharlas sociológicamente. Una vez que se encaucen sólo hacia la Humanidad los mejores anhelos de todas las almas, como lo prescribe incontestablemente la fe positiva, se acabarán entonces las

discordias entre las naciones, reinará la armonía en todas las ciudades y la santidad residirá en todas los hogares, viéndose convertido nuestro planeta en una mansión bendita de amor y de trabajo.

Fuerte obstáculo encuentra actualmente la religiosidad altruísta en el general negativismo, donde suelen ahogarse hasta las mejores naturalezas. ¡De cuán vigorosa benevolencia no se requiere para no perder la unción en medio de los escépticos y saber subyugarlos! ¡Qué de veces el que ha creído salir á edificar no vuelve deshecho y necesitado aun de desinfectarse moralmente. Pero, triunfando de todas las decepciones y desalientos, hay que persistir con fortaleza en la labor á fin de que se produzcan las condiciones de la existencia normal, en que los hombres nazcan, vivan y mueran religiosamente en el seno de la Humanidad y nó como ahora en plena anarquía. Desamparar esa sacrosanta empresa sería inexcusable: En la fe altruísta está el camino infalible del porvenir, Ninguna doctrina puede competir con ella. El teologismo, bajo todas sus formas, si ha servido en el pasado, ya cumplió su misión, y es enteramente inadecuado para presidir en adelante los destinos de nuestra especie. En cuanto al libre pensamiento, si cabe doctrina en él, sólo es apto para destruir, siendo impotente para construir. Como se quiera ser un eficaz cooperador en el orden social, y no un retrógrado ni un revolucionario, es necesario proceder siempre bajo la Religión de la Humanidad, sea en moral ó en política, en ciencia ó en industria, en poesía ó en filosofía. Á poder hoy revivir objetivamente (pues subjetivamente son inmortales), los Moisés, los Confucio, los Buda, los San Pablo, los Mahoma, los Aristóteles, los Arquímedes, los Homero, los Dante, los

César, los Carlomagno y demás grandes hombres de la Historia, todos ellos reconocerían en Augusto Comte al Maestro soberano, fundador de la fe definitiva, y cada cual, según sus peculiares aptitudes, trabajaría esforzadamente dentro de la sublime doctrina altruísta.

Me suscribo de usted su servidor obsecuente.

JUAN ENRIQUE LAGARRIGUE

(CALLE DE LA MONEDA, NÚM. 9)

(*) Nacido, en Valparaíso, el 28 de enero de 1852

Santiago, 23 de Guttenberg de 101 (4 de septiembre de 1889.)

(*) Es práctica aconsejada por la Religión de la Humanidad el firmar indicando la ciudad y fecha del nacimiento y el domicilio actual.

